

# 1

Tamani reposó la frente en el cristal helado de la ventana, en un intento por combatir el agotamiento. No podía permitirse el lujo de dormir, y menos mientras lo único que lo separaba de una furiosa hada de invierno era un tenue círculo de sal.

Aquella noche era *Fear-gleidhidh* por partida doble.

Normalmente, estaba orgulloso de personificar esa antigua expresión. Lo identificaba como guardián de Laurel; su protector. Sin embargo, tenía un significado más amplio, que iba más allá incluso del tradicional *Am Fear-faire*. *Fear-gleidhidh* significaba «responsable de alguien» y Tamani tenía que mantener a Laurel a salvo y asegurarse de que cumplía la misión que Avalon le había asignado de pequeña.

Y ahora también tenía que hacer de celador.

Miró a la prisionera. La silla de Yuki estaba sobre el suelo de linóleo rayado, en el centro del círculo de sal. El hada de invierno estaba dormida, con la mejilla apoyada en las rodillas y las manos esposadas a la espalda. Parecía incómoda. Derrotada.

Inofensiva.

—Lo habría dejado todo por ti. —Yuki habló en voz baja, pero clara.

Tamani notó que Shar se sobresaltó al oír su voz romper el espeso silencio.

«Vaya, pues no estaba dormida. Y jamás sería inofensiva», se recordó. La pequeña flor blanca que le brotaba de la espalda y que la identificaba como hada de invierno era prueba más que suficiente. Ya hacía más de una hora que David la había esposado a la silla, hacía una hora que Chelsea había dejado al descubierto la prueba irrefutable de que sí, de que Yuki era un hada de invierno y, no obstante, Tamani todavía no se había acostumbrado. Aquella visión le provocaba un miedo helado que jamás había sentido.

—Estaba preparada para hacerlo. Por eso te detuve antes de que me invitaras a entrar. —Yuki levantó la cabeza y estiró las piernas todo lo que pudo teniendo en cuenta las circunstancias—. Pero ya lo sabías, ¿verdad?

Tamani no dijo nada. Sí que lo sabía. Y, por un segundo, tuvo la tentación de dejar que confesara, pero no habría terminado bien. Seguro que al final Yuki habría descubierto que él sólo estaba fingiendo sentirse atraído hacia ella y, entonces, habría quedado a merced de un hada de invierno rechazada. Había sido mejor cortar por lo sano.

Esperaba no estarse engañando a sí mismo. Yuki suponía una amenaza; no debería haberse sentido culpable por haberle mentado desde el principio, y mucho menos ahora que sabía que ella también había mentado. El poder que las hadas de invierno tenían sobre las plantas les permitía percibir vida vegetal desde la distancia, de modo que ella sabía que Tamani era un duende, y Laurel un hada, desde el primer día. Y había estado jugando con ellos.

Entonces, ¿por qué seguía preguntándose si había hecho lo correcto?

—Juntos habríamos podido ser muy buenos, Tam —continuó Yuki, con la voz tan sedosa como el vestido plateado

arrugado que llevaba, aunque con una nota de malicia que hizo que Tamani se estremeciera—. Laurel no lo dejará por ti. Puede que por fuera sea un hada, pero por dentro es humana. Con o sin David, su sitio está aquí, y lo sabes.

Tamani esquivó la mirada del capitán y se volvió hacia la ventana para fijar la vista en la oscuridad, fingiendo que miraba... algo. Lo que fuera. La vida de un centinela estaba llena de brutalidad y él y Shar habían tomado medidas extremas para proteger su mundo. Sin embargo, siempre había sido fruto de una amenaza obvia o un ataque violento; un enemigo comprobado. Los troles eran sus enemigos; siempre lo habían sido. Las hadas de invierno gobernaban Avalon, y aunque Yuki los había engañado, nunca les había hecho daño. En cierto modo, esposarla a la silla parecía peor que matar a un centenar de troles.

—Tam, tú y yo somos iguales —continuó Yuki—. Unas personas a quienes no les importa qué queremos o qué nos hace felices nos utilizan. Nuestro sitio no está con ellos; nuestro destino es estar juntos.

A regañadientes, Tamani la miró. Le sorprendió descubrir que, mientras hablaba, no lo estaba mirando. Tenía la vista perdida más allá de la ventana, como si mirara algún tipo de brillante futuro que todavía creía posible. Sin embargo, él no se fiaba.

—No hay puerta en este mundo que no podamos abrir, Tam. Si respondes que sí, incluso podríamos regresar tranquilamente a Avalon. Podríamos quedarnos allí y vivir en el palacio.

—¿Cómo sabes de la existencia del palacio? —preguntó el duende, a pesar de ser consciente de que era lo que Yuki quería.

Shar suspiró y Tamani se preguntó si era por la estupidez de Yuki o por la suya propia.

—O podríamos quedarnos aquí —continuó Yuki, como si Tamani no hubiera dicho nada—. Podríamos ir donde quisiéramos y hacer lo que quisiéramos. Con tu poder sobre los animales y con el mío sobre las plantas, el mundo sería nuestro. ¿Sabes una cosa? El emparejamiento entre un hada de invierno y un duende de primavera podría funcionar muy bien. Nuestros talentos se complementan a la perfección.

Tamani se preguntó si sabía la razón que tenía o lo poco que a él le apetecía.

—Te habría querido siempre —susurró ella mientras inclinaba la cabeza. El pelo oscuro y brillante le cayó sobre la cara y se sonó la nariz en silencio. ¿Estaba llorando o riendo?

Alguien llamó a la puerta y Tamani se asustó. Antes de que pudiera moverse, Shar se acercó sin hacer ruido a la mirilla.

Con el puñal en la mano, Tamani se puso tenso, preparado para lo que fuera. ¿Sería Klea? Por eso habían preparado todo aquello: el círculo, las esposas... Todo era un elaborado plan para atrapar a la maquinadora hada de otoño que quizás estuviera intentando matarlos.

O quizá no.

Si pudieran estar seguros.

Hasta entonces, Tamani tenía que asumir que Klea era una amenaza. Una amenaza letal.

Shar esbozó una sonrisa, abrió la puerta y entró Laurel, seguida de cerca por Chelsea.

—Laurel. —Fue todo lo que Tamani pudo decir, mientras relajaba los dedos que se aferraban al puñal. Aunque llevaba queriéndola desde que tenía uso de razón y habían sido... algo más que amigos en estas últimas semanas, seguía sintiendo una inmensa alegría cada vez que la veía.

Ya no llevaba puesto el vestido azul de fiesta, el mismo que llevaba cuando la abrazó y la besó con pasión en el festival de Samhein, hacía más de un año. Parecía que había pasado una eternidad.

Ella no lo estaba mirando; sólo tenía ojos para Yuki.

—No deberías estar aquí —susurró Tamani.

A modo de respuesta, Laurel arqueó una ceja.

—Quería verlo con mis propios ojos.

El duende de primavera apretó los dientes. En realidad, quería que estuviera allí, pero sus deseos egoístas chocaban con la preocupación por su seguridad. ¿Alguna vez podría satisfacer ambas cosas?

—Creía que habías ido a buscar a David —dijo Tamani a Chelsea, que todavía llevaba el vestido rojo. Había dejado los zapatos en algún sitio, de modo que lo iba arrastrando como si flotara encima de un charco de sangre.

—No lo he encontrado —respondió ella, con el labio inferior tembloroso de forma casi imperceptible. Miró a su amiga, que seguía estudiando a la prisionera.

—¿Yuki? —preguntó Laurel muy despacio—. ¿Estás bien?

El hada de invierno levantó la cabeza y la miró con frialdad y rabia.

—¿Te parece que estoy bien? ¡Me han secuestrado! ¡Estoy esposada a una silla metálica! ¿Tú cómo estarías?

Fue como si la lengua viperina del hada de invierno hubiera golpeado a Laurel, porque tuvo que retroceder.

—He venido a ver cómo estabas. —Miró a Tamani, pero este no estaba seguro de qué quería. ¿Ánimos? ¿Permiso? Dibujó una sonrisa forzada y se encogió de hombros con impotencia.

Laurel se volvió hacia Yuki, cuyo gesto era absolutamente inexpresivo y tenía la barbilla bien alta.

—¿Qué quiere Klea de mí? —le preguntó.

Tamani no esperaba que Yuki contestara, pero el hada de invierno miró a Laurel y, sencillamente, replicó:

—Nada.

—Entonces, ¿por qué viniste?

Yuki sonrió con maldad.

—No he dicho que nunca quisiera nada, pero ya no te necesita.

Laurel desvió la mirada hasta Tamani, luego hasta Shar, y luego volvió a mirar a Yuki.

—Mira, Laurel —dijo el hada de invierno, con voz tranquila y envolvente—. Todo esto es absolutamente innecesario. Si me sacas de aquí, hablaré contigo.

—Basta —dijo Tamani.

—Entra en el círculo y hazme callar —dijo Yuki, mirándolo, antes de volver a concentrarse en Laurel—. Nunca te he hecho daño, y sabes que podría haberlo hecho. Podría haberte matado en un millón de ocasiones, pero no lo hice. ¿Acaso eso no cuenta?

Tamani abrió la boca, pero Laurel le colocó una mano en el pecho y lo hizo callar.

—Tienes razón. Pero eres un hada de invierno. Nos lo ocultaste, a pesar de que sabías que nosotros también éramos hadas. ¿Por qué?

—¿A ti qué te parece? ¡En cuanto tus amiguitos centinelas han descubierto lo que soy, me han inmovilizado y me han encadenado a una silla!

Tamani sabía que tenía razón, y no estaba orgulloso.

—Bueno, a lo mejor tenemos que empezar de cero —dijo Laurel—. Si podemos solucionar esto antes de que aparezca Klea, mucho mejor. Si nos dijeras...

—Tamani tiene las llaves —la interrumpió Yuki, que miró al duende con mucha malicia—. Sácame de aquí y te contaré lo que quieras.

—Ni hablar —dijo Tamani, en un esfuerzo por sonar aburrido.

Laurel los interrumpió y volvió a dirigirse a Yuki.

—Seguramente, es más seguro para todos que...

—¡No! —gritó Yuki—. ¡Es que no puedo creerme que formes parte de todo esto! ¿En serio? ¿Después de lo que te hicieron? ¿Después de lo que les hicieron a tus padres?

Tamani frunció el ceño; ¿qué tenían que ver los padres de Laurel con todo esto?

—Yuki —dijo Laurel—, no me gusta que me hicieran olvidar el pasado, pero ya no puedo cambiarlo...

—¿Olvidar el pasado? No me refiero a los elixires de memoria. ¿Qué me dices del veneno?

—¡Ah, venga ya! —le espetó Tamani.

Laurel lo hizo callar.

—Yuki, ¿sabes quién envenenó a mi padre?

Tamani estaba casi seguro de la respuesta, y sabía que Laurel también. Tenía que haber sido Klea. Si Laurel lograba que el hada de invierno confirmara sus sospechas...

—¿A tu padre? —Yuki parecía extrañada—. ¿Por qué iban a envenenar a tu padre? Estoy hablando de tu madre.

Laurel volvió a mirar a Tamani, que negó con la cabeza y se encogió de hombros. ¿Qué se traía Yuki entre manos?

—Ni siquiera lo sabes, ¿verdad? Menuda coincidencia que la pareja propietaria del terreno que rodea la puerta no hubiera podido tener hijos, que estuvieran allí esperando a que apareciera la preciosa niña rubia. Qué... oportuno. ¿No te parece?

—Ya basta —intervino Tamani, con voz severa. Debería haberlo adivinado. Otra trampa. Yuki sólo pretendía que desconfiaran los unos de los otros.

—Fueron ellos —dijo el hada de invierno—. Quince años antes de que aparecieras en su puerta, las hadas se asegura-

ron de que tu madre tuviera tantas ganas de tener un hijo que te acogiera sin más preguntas. La esterilizaron, Laurel. Se aseguraron de que jamás pudiera tener hijos biológicos. Le destrozaron la vida y los estás defendiendo.

—No la escuches, Laurel. Es mentira —terció Tamani—. Sólo lo dice para perturbarte.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no se lo preguntamos a él?



## 2

Laurel siguió la mirada de Yuki hasta Shar, que estaba inmóvil como una estatua, con el rostro imperturbable.

No podía ser cierto. No. Él había sido su guardián en la sombra desde el instante en que salió de Avalon.

«¿Por qué no lo niega?»

—Cuéntaselo —dijo Yuki, intentando liberarse—. Cuéntale qué le hiciste a su madre.

El guardián permaneció en silencio.

—Shar —suplicó Laurel con un hilo de voz. Quería oírlo decir que no era verdad. Necesitaba que se lo dijera—. Por favor.

—Era necesario —respondió él, al final—. No los escogimos. Eran los que vivían allí. Y el plan tenía que funcionar, Laurel. No nos quedó otra opción.

—Siempre hay otra opción —susurró ella, con la boca seca y la barbilla temblorosa por la rabia. Shar había envenenado a su madre. Shar, que la había estado vigilando durante incluso más tiempo que Tamani, había envenenado a su madre.

—Tengo un hogar y una familia que proteger. Y haré lo que sea necesario para mantener Avalon a salvo.

Laurel se enfureció.

—No tenías que...

—Sí que tenía que hacerlo —la interrumpió Shar—. Tengo que hacer muchas cosas que no quiero, Laurel. ¿Crees que realmente quise sabotear a tus padres humanos? ¿Que quería que olvidaras tu pasado? Acato órdenes. Por eso te vigilé cada día antes de que llegara Tamani. Por eso sé todo lo que hay que saber sobre ti. Sé que rompiste el jarrón y que luego mentiste y dijiste que no fuiste tú; que enterraste al perro junto a la ventana porque no podías separarte de él. Las horas que pasaste con Tamani en la cabaña en octubre.

—Shar —dijo el duende de primavera, con una nota de advertencia en la voz.

—Os dejé todo el espacio que pude —respondió Shar muy despacio, aunque, como mínimo, había remordimiento en su voz. No obstante, Tamani reconoció la pequeña disculpa que se escondía detrás de esas palabras, pero Laurel no; se moría de ganas de cruzar el salón y darle una bofetada, pero la rabia la había paralizado.

La sonrisa de Yuki desapareció.

—¿Es esta la fuerza con la que te has aliado, Laurel? Puede que no haya sido sincera contigo desde el principio, pero hasta yo creía que eras mejor que estos monstruos. —Bajó la mirada hasta la sal que rodeaba la silla—. Si rompes el círculo con un pequeño movimiento de tu pie puedo poner fin a todo esto. Te llevaré conmigo y te enseñaré lo equivocado que están en Avalon. Y puedes ayudarme a arreglarlo.

Laurel miró la sal. Una parte de ella quería hacerlo, simplemente para vengarse de Shar.

—¿Cómo sabes de la existencia de Avalon?

—¿Acaso importa? —preguntó Yuki, con el gesto inexpresivo.

—A lo mejor.

—Libérame. Te daré todas las respuestas que ellos te han estado ocultando.

—Laurel, no lo hagas —dijo Tamani, muy despacio—. A mí tampoco me gusta, pero soltarla no arreglará nada.

—¿Crees que no lo sé? —replicó Laurel, pero no podía apartar la mirada del círculo de sal.

Tamani retrocedió en silencio.

Laurel quería romper el círculo; se moría de ganas de hacerlo. Era una necesidad urgente, una necesidad que sabía que nunca satisfaría, pero los ojos le ardieron llenos de lágrimas y notó un deseo irrefrenable en la garganta.

—Laurel. —Una mano le acarició el brazo con delicadeza y la devolvió a la realidad. Se encontró con una pálida Chelsea—. Ven. Vamos a hablar, a dar una vuelta, lo que necesites para tranquilizarte.

Laurel miró a su amiga y se concentró en la única persona de aquel salón que nunca le había hecho daño ni la había engañado. Asintió y no miró a nadie más.

—Vamos —dijo—. Ya no quiero estar aquí.

Salieron, Chelsea cerró la puerta y se detuvo en seco.

—Mierda —dijo en voz baja—. Me he dejado las llaves del coche en algún sitio. Como el vestido no tiene bolsillo —murmuró mientras levantaba la falda para no tropezar—. Vuelvo enseguida.

Se dio la vuelta y la puerta se abrió antes de que pudiera tocar el pomo.

—Las llaves —dijo, mientras pasaba junto a Tamani.

El duende cerró la puerta y se quedó con Laurel en el porche. Ella tenía la mirada fija en las escaleras porque, de repente, no quería mirarlo.

Pero él tampoco la estaba mirando.

—No lo sabía —susurró él después de un largo silencio—. Te lo prometo.

—Ya lo sé —contestó Laurel. Apoyó la espalda en la pared, se deslizó hasta el suelo y apretó las rodillas contra el

pecho. Incluso ella percibía el tono apagado de su voz—. Mi madre es hija única. Su padre la abandonó cuando era pequeña. Se quedaron ella y su madre solas. Y luego la abuela murió. Mi madre siempre quiso una familia numerosa. Un día me dijo que siempre había soñado con tener cinco hijos. Quería cinco hijos. Pero no pudo.

No sabía por qué le estaba contando eso, pero hablar hacía que se sintiera mejor, así que continuó:

—Acudieron a muchos médicos y ninguno descubrió jamás cuál era el problema. Ninguno. Básicamente, ahí empezó la desconfianza de mi madre hacia los médicos. Y se dejaron sus ahorros por el camino. Y todo esto daba igual, porque mi madre se hubiera quedado conmigo, aunque hubiera tenido otros hijos biológicos —dijo, con firmeza—. Lo sé. Shar no tenía por qué hacerlo.

Se quedó callada durante un rato.

—¿Sabes lo que me da más rabia de todo?

Tamani tuvo la delicadeza de menear la cabeza sin decir nada.

—Que ahora tengo un secreto. Se lo cuento todo. Todo. No ha sido fácil, pero tomar la decisión de ser sincera con ellos ha sido lo más maravilloso que me ha pasado en el último año. Y ahora tengo esto..., esta cosa que no podré contarles nunca porque, si lo hago, nunca volverán a mirarme, ni a mí ni a ninguna otra hada, de la misma manera. —La rabia pudo más que cualquier otra emoción—. Y lo odio por hacerme esto —susurró.

—Lo siento —dijo Tamani—. Sé lo mucho que significan tus padres para ti y... y lamento que tuvieran que sufrir.

—Gracias —replicó Laurel.

Él bajó la mirada hasta sus manos y una emoción que ni siquiera ella pudo descifrar le cruzó por el rostro.

—Lamento no haberlo sabido —comentó, al final—.

Hay muchas cosas que no sé. Y no creo que Yuki vaya a contarnos nada. La mitad de lo que dice contradice la otra mitad. Creí que quizá, cuando la tuviéramos atrapada, conseguiríamos las respuestas que buscamos, pero... si no pasa algo pronto..., no estoy seguro de qué piensa hacer Shar.

—Shar... —¿Qué había dicho? «Y haré lo que sea necesario para mantener a Avalon a salvo»—. No le hará daño, ¿no? Para conseguir más información.

—No puede. Aunque quisiera, no puede entrar en el círculo.

—Hay cosas que puede hacer sin entrar en el círculo —respondió Laurel—. Podría...

—No se lo permitiré —dijo Tamani con firmeza—. Lo prometo. La vigilaré. Con o sin mentiras, era amiga mía. Puede que todavía lo sea, no lo sé. Además, ni siquiera Shar se arriesgaría a enfrentarse a las consecuencias de... de torturar a un hada de invierno.

Laurel no estaba segura de poder creérselo.

—No es ningún monstruo —continuó Tamani—. Hace lo que hay que hacer, pero eso no significa que esté de acuerdo. Entiendo que ahora mismo no confíes en él, pero, por favor, intenta confiar en mí.

Laurel asintió con un nudo en la garganta. ¿Acaso tenía otra opción?

—Gracias —dijo él.

—¿En serio que no puede salir del círculo, Tam?

Él guardó silencio durante un buen rato.

—Creo que no.

—Es sólo sal —añadió Laurel, muy despacio—. Estabas conmigo cuando entramos en el Palacio de Invierno; notaste el poder que se respiraba en las habitaciones superiores. Contener ese tipo de magia con algo que está en la cocina de todas las casas parece imposible.

—Entró en el círculo de forma voluntaria. Shar dice que el secreto del círculo radica ahí. —Levantó las pestañas y aquellos ojos verde pálido la miraron—. Nunca infravalores el poder de una situación en la que te has metido de forma voluntaria.

Laurel era consciente de que no estaba hablando sólo del círculo de sal.

Tras unos segundos de duda, Tamani se sentó en el suelo a su lado y le rodeó los hombros con un brazo.

—Lo siento. Por todo —susurró, con la voz teñida de arrepentimiento.

Ella se volvió hacia él y reclinó la cabeza en su hombro, porque quería perderse en él, olvidarse de todo lo demás, aunque sólo fuera un instante. Tamani suspiró tembloroso y acercó la cara a ella. Laurel levantó la mano, lo agarró por la mejilla y lo atrajo hacia ella. Sus labios apenas se habían rozado cuando la puerta se abrió y Chelsea salió como una exhalación, con las llaves en la mano.

—Las tenía Shar desde el principio —se quejó en voz alta—. Me miraba mientras yo buscaba por todas partes y, al final... —De repente, se fijó en el brazo de Tamani alrededor de Laurel—. Oh, vaya —dijo, y comprendió lo que Shar había pretendido al no darle las llaves enseguida. Muy despacio, añadió—: Lo siento.

Laurel bajó la ventanilla y dejó que el viento le acariciara la cara mientras Chelsea conducía por las calles vacías y oscuras. Durante casi media hora, no mencionó ni la pelea en el piso de Tamani ni su aparición poco oportuna en el rellano, y Laurel se lo agradeció porque sabía lo mucho que le estaba costando. El silencio no era un estado natural para Chelsea. Seguramente, se moría de ganas de hablar de lo que

había pasado, pero Laurel quería esconderlo en el fondo de su mente y fingir que no había ocurrido.

—Eh, ¿ese no es...?

Chelsea estaba frenando el coche cuando Laurel descubrió que el chico alto que estaba caminando por la acera, iluminado por las farolas, era David. Se mostró cauto cuando vio los faros, pero en cuanto Chelsea paró el coche de su madre a su lado, las reconoció y se sintió más aliviado.

—¿Dónde estabas? —le preguntó la chica cuando él se agachó para mirarlas por la ventanilla del copiloto—. Te he buscado por todas partes.

David bajó la mirada hasta el suelo.

—Me he escondido —admitió—. No quería que me encontrarais.

Chelsea miró por encima del hombro hacia donde se dirigía. Hacia el piso de Tamani.

—¿Adónde vas?

—Al piso —gruñó David—. A arreglar las cosas.

—Yuki está bien —dijo Chelsea, con el gesto serio.

—Pero yo la he puesto en esa situación.

—Ya ha entendido el funcionamiento del círculo —insistió Chelsea—. No es como antes. Ya no se hace daño. Está ahí sentada. Bueno, y habla —añadió.

Sin embargo, David meneaba la cabeza.

—He estado evitando mi responsabilidad en este asunto y estoy hartado. Voy a volver para asegurarme de que nada se salga de los límites de lo humano, o como queráis llamarlo las plantas.

—Tamani ha dicho que se asegurará de que Yuki esté bien —dijo Laurel.

—Pero la definición de «bien» de Tamani y Shar puede que no coincida con la mía. O con la nuestra. —Miró a las chicas—. Nosotros la hemos metido en esta situación. Los

tres. Y sigo pensando que ha sido lo correcto, pero si no es así..., no quiero desentenderme y dejar que la cosa empeore.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer? —preguntó Laurel, que no quería admitir que a ella tampoco le apetecía volver a casa.

—Podríamos hacer turnos. Uno de nosotros con uno de ellos —dijo David.

Chelsea puso los ojos en blanco.

—Alguien tendría que quedarse despierto toda la noche —dijo Laurel—. Mis padres seguramente me dejarían hacerlo, pero...

—Quedarte toda la noche despierta no es tu fuerte —comentó David, verbalizando la preocupación de Laurel.

—Yo puedo enviar un mensaje a mi madre —propuso Chelsea—. Le dije que seguramente dormiría en tu casa; es lo más lógico después de un baile. Y nunca me llama al móvil.

Laurel y Chelsea miraron a David.

—Ya se me ocurrirá algo —farfulló el chico—. ¿Y Ryan?

—¿Qué pasa con Ryan? —preguntó Chelsea que, de repente, creyó que el volante era de lo más interesante.

—No entenderá que siempre tengas que desaparecer a horas extrañas. Y no puedes poner a Laurel como eterna excusa.

—No creo que se dé cuenta —replicó Chelsea.

—No puedes darlo por sentado —respondió David—. No lo infravalores. Siempre lo infravaloras.

—¡No es verdad!

—Bueno, si empiezas a estar siempre ocupada, te aseguro que notará algo. Y querrá estar contigo durante las vacaciones de Navidad. Y más teniendo en cuenta que estos últimos días casi no le has hecho ni caso porque estabas estudiando para los exámenes —continuó David.



—Creo que no va a pasar nada de eso —dijo Chelsea en tono cortante, y después se reclinó en el asiento y, por fin, miró a David.

Él negó con la cabeza.

—No te entiendo. Cuando Yuki, Klea o quien fuera le dio el elixir de memoria estabas muy preocupada por él, y ahora es como si no te importara. —Dio una patada al suelo—. ¿Por qué no cortas con él y ya está?

—Ya lo he hecho —respondió ella, muy despacio.

David la miró, luego miró a Laurel, y luego otra vez a Chelsea.

—¿Que has hecho qué?

—¿Cómo si no iba a justificar tener que salir corriendo del baile... contigo? —añadió, con un hilo de voz.

—¡Lo decía en broma!

—Pues yo no. De todos modos, ya tenía pensado hacerlo. David miró a Laurel.

—¿Tú lo sabías?

Ella miró a Chelsea y asintió.

—¿Por qué? —preguntó David—. ¿Qué ha pasado?

Chelsea abrió la boca, pero no articuló palabra.

—Era cuestión de tiempo —terció Laurel, que salió al rescate de su amiga. No era el momento de hablar de eso. Y menos ahora.

David se encogió de hombros, con un gesto de despreocupación fingido.

—Da igual. Tenemos que volver al piso de Tamani. Nos espera una noche muy larga.